

# Terrorismo internacional e islamismo político en el ámbito mediterráneo

## Fred Halliday

Profesor

London School of Economics

Profesor invitado

Fundació CIDOB, Barcelona

El año 2005 fue, en algunos aspectos, un año bastante complicado, en lo que a la incidencia del terrorismo en el Mediterráneo se refiere. Sobre la base de las pruebas estadísticas más directamente relevantes, del mismo tipo que las utilizadas por el Gobierno de Estados Unidos y la corporación RAND, 2005 presencié un cierto descenso de las acciones violentas por parte de grupos islamistas u otros grupos terroristas, ya sea en el área noroeste del Mediterráneo, o bien en los Balcanes y las zonas del noreste de Turquía, así como también en Palestina, Egipto y el norte de África. En realidad, 2005 presencié un gran número de acontecimientos positivos o potencialmente positivos en relación con la estabilidad política, sobre todo la retirada de Siria del Líbano, una reducción considerable del número de ataques suicidas y de otros tipos de atentados por parte de los palestinos sobre civiles israelíes y otros objetivos, el progreso hacia la paz a largo plazo en la antigua Yugoslavia, y el progreso continuado hacia la consolidación y la liberalización de Argelia tras el conflicto. En lo que durante los últimos años parece haber sido, quizás, el punto de interacción más delicado entre el norte y el sur del Mediterráneo, el territorio hispano-marroquí, 2005 presencié un periodo de calma, en contraste con lo sucedido en 2003, cuando los islamistas asesinaron a docenas de personas en los atentados de Casablanca, y 2004, cuando marroquíes residentes en Es-

paña asesinaron a unas doscientas personas en los atroces atentados cometidos en Madrid el 11 de marzo. Este modelo de reducción de la actividad terrorista en el Mediterráneo es compatible con una aparente tendencia a escala mundial, de conformidad con la cual, y con la principal excepción de Irak, las acciones terroristas a escala mundial sufrieron un descenso considerable en 2005.

Sin embargo, el terrorismo no es algo que, como el precio del petróleo o la mortalidad infantil, pueda cuantificarse y menos aún evaluarse sobre la mera base de la estadística. El terrorismo no es un movimiento, o una tendencia del entorno, sino una táctica utilizada para fines políticos, y es en este amplio contexto político, así como también en un amplio contexto geográfico, que debe medirse su evolución. En este punto, la situación de 2005 es un poco menos tranquilizadora. En primer lugar, y hablando de actos terroristas en el sentido más estricto de la palabra, en 2005 se dieron ciertos acontecimientos que deberían ser realmente motivo de preocupación. Mientras que en España o en Estados Unidos no se perpetraron más atentados terroristas, Londres sí fue atacado en dos ocasiones durante el mes de julio. Las víctimas fueron mucho menores que en los dos casos metropolitanos anteriores, pero el modelo de atentado islamista esporádico, letal e inesperado en las principales ciudades de Occidente, que se inició en 2001, no ha cesado desde entonces. Las pruebas disponibles sugieren que los terroristas de Londres, aunque puede ser que en algunos casos se inspiraran en los acontecimientos ocurridos en Asia, e incluso que hubieran recibido formación en los campos paquistaníes, eran

individuos que actuaban en su propio nombre, sin conexiones con Al Qaeda. Las pruebas obtenidas por el juez Juan del Olmo después de dos años de investigación sobre los terroristas de Madrid sugieren la misma hipótesis, a pesar de unas primeras indicaciones de que estaban vinculados tanto a Al Qaeda como a ETA.

De todos modos, mientras que esto permitió a los investigadores descartar la existencia de una red principal de terrorismo organizado, que vinculaba a Afganistán y Oriente Medio con las ciudades europeas y las comunidades migratorias, la propia informalidad de los grupos activos en Madrid y Londres hizo evidente también hasta qué punto dichas operaciones son flexibles y fáciles de repetir. Las pruebas de las detenciones en Gran Bretaña durante 2004 en relación con la formación de musulmanes británicos en Pakistán con el objetivo de atentar contra trenes y edificios públicos en Gran Bretaña, y el material incautado por el juez Del Olmo en Madrid, centrado en una conspiración que involucraba a unas treinta personas que tenían intención de hacer estallar la Audiencia Nacional, con el potencial para causar cientos de víctimas, mostraron que seguían formándose grupos relativamente autónomos, parecidos a los que atacaron Bali durante 2002, que tenían la capacidad de causar importantes daños. El propio hecho de que no fuera necesaria la existencia de ningún tipo de estructura de mando, ni de financiación, ni de unidades de formación, indicaba que ataques de este tipo podían seguir produciéndose en los próximos años, aunque fuera de forma esporádica. Además, todo esto no permitía descartar la posibilidad de que paralelamente a los grupos informales

de Madrid y Londres, existieran, o pudieran estar formándose, otros vínculos más formales con Al Qaeda. En este aspecto, las amenazas de Bin Laden de que se iban a producir nuevos ataques por parte de su organización no deberían tomarse a la ligera.

En segundo lugar, mientras que las costas septentrionales del Mediterráneo no sufrieron ataques durante 2005, a excepción de algunas explosiones simbólicas provocadas por ETA, sí hubo mayores incidencias de terrorismo en algunos países árabes de la zona sures-te que fueron motivo de preocupación: el asesinato del entonces Primer Ministro libanés Rafik Hariri en enero de 2005, seguido del de otros oponentes libaneses al Gobierno de Siria; la explosión de tres hoteles en Ammán, Jordania, el 5 de noviembre de 2005 por parte unidades vinculadas a las fuerzas de al Zarqawi en Irak; y la destrucción de varios hoteles en Sharm el Sheik, Egipto, por parte de fuerzas hostiles a las políticas del Gobierno egipcio hacia Israel. Si la situación en el territorio palestino era, en lo que se refiere estrictamente a incidentes terroristas, relativamente más tranquila, a excepción de una serie de atentados suicidas a objetivos israelíes por parte de miembros de la Yihad Islámica, la tendencia subyacente era de tensión continuada y de peligro constante de explosión, una realidad que se hizo más latente después de la victoria de Hamás en las elecciones legislativas de febrero de 2006. Dichos acontecimientos, y la creciente tensión en Palestina asociada con la construcción por parte de Israel de su «Muro de Seguridad», sugirió que el potencial de la violencia entre Palestina e Israel para el futuro seguía siendo alto.

Sin embargo, destacaba por encima de todo el curso de los acontecimientos dentro del propio Irak. Se ha demostrado que todas las justificaciones que aportaron EE UU para la invasión iraquí de marzo de 2003 eran falsas y que, casi con total seguridad, intencionadamente falsificadas en Washington y Londres durante los meses previos a dicho ataque. Por un lado, Irak no disponía de grandes reservas de Armas de Destrucción Masiva, ni para su uso personal ni para la venta a terceras partes, Estados o grupos terro-

ristas; por el otro lado, aunque el régimen del partido Ba'th de Bagdad conservaba sus propios seguidores armados en el extranjero, no estaba vinculado de ningún modo a Al Qaeda u otras formas de terrorismo «transnacional». En realidad, se ha demostrado lo contrario con respecto a dicho asunto: la invasión de Irak por parte de Estados Unidos fue lo que impulsó la carrera armamentística en Oriente Medio, incluyendo el armamento nuclear o de otro tipo, ya que otros Estados como Irán intentaban impedir dicha invasión, mientras la propia ocupación continuada y provocativa de Irak por parte las fuerzas británico-americanas sirvió, de un modo solamente equiparable por la situación vivida en Afganistán durante los años ochenta, para hacer aumentar la movilización del apoyo a los grupos terroristas y a otros grupos armados en todo el mundo islámico y, en cierto modo, también en las comunidades islámicas de la diáspora de Europa occidental. En otras palabras, la invasión de Irak produjo exactamente los efectos, la proliferación nuclear y la movilización de los grupos terroristas, que supuestamente debía eliminar.

Nadie puede calcular el número de jóvenes que partieron a luchar en la guerra de Irak y que quizá puedan seguir luchando en otros conflictos, del mismo modo que los seguidores de Bin Laden lo hicieron en Afganistán, ni tampoco calcular las dimensiones de la animadversión hacia Estados Unidos y occidente que dicha guerra, que fue retransmitida por las cadenas de televisión de todo el mundo, ha provocado entre los musulmanes de varios países. Sin embargo, sí podemos confiar en que, al contrario de, por ejemplo, la guerra de los años noventa en Argelia, la guerra civil libanesa durante los años 1975-1990, la guerra de Irlanda del Norte o el conflicto del Sahara Occidental, la guerra de Irak demostrará que no se trataba solamente de una guerra civil y una guerra que implicaba las intervenciones premeditadas de los países vecinos, sino que, del mismo modo que el conflicto árabe-israelí, era también una guerra cuya influencia y consecuencias se extendieron por toda la región de un modo incontrolado.

Dichos acontecimientos y tendencias, sin embargo, requieren que se sitúen en

un marco analítico algo más amplio, para poder comprender mejor de dónde procede la violencia política del Mediterráneo y dónde, y de qué modo, puede reaparecer en el futuro. En este punto nos encontramos con la necesidad de identificar varias tendencias distintas que, solapándose y reforzándose unas a otras, constituyen la situación política del Mediterráneo y de Oriente Medio a mediados de la década de 2000. En lo que se refiere a Oriente Medio y el mundo musulmán, es importante distinguir entre tres tendencias separadas: la incidencia del «terrorismo internacional», o las acciones *yihadistas* transnacionales, como los atentados de Manhattan, Madrid y Londres y, en el tercer mundo, Ammán y Bali; en segundo lugar, en el sentido más estricto de la palabra, las acciones de combate por parte de las fuerzas islamistas, u otras, en sus respectivos países, ya sea Libano, Turquía, Egipto o Argelia; y por último, un proceso político transnacional, la expansión de una forma autoritaria y socialmente represiva, pero no violenta, de islamismo, mediante la actividad política, la participación en elecciones, etc., observada en un conjunto de países que va desde el Libano y Palestina hasta Jordania y Egipto. La primera es una actividad minoritaria incluso para los yihadistas, y más aún para los islamistas, mientras que en el segundo caso, un cierto número de antiguos grupos violentos ha buscado durante los últimos años cierta complicidad entre la política y el Estado —Hezbollah en el Libano, Hamás en Palestina o los Hermanos Musulmanes en Egipto. La perspectiva de una importante victoria en las elecciones legislativas de Marruecos previstas para 2007 por parte del Partido por la Justicia y el Desarrollo indica que esta tendencia se está expandiendo también hacia Occidente, y con implicaciones considerables por parte de la comunidad magrebí en Francia y España. En términos ampliamente estratégicos y políticos, y en lo que se refiere a las consecuencias que esto tendrá en las relaciones entre Europa y Oriente Medio, la expansión con paso firme y aparentemente inexorable del islamismo político, desde Irak a Marruecos, adquiere mayor importancia que la incidencia esporádica de los atentados por parte de la *Yihad*.

Incluso aunque la expansión del islamismo sigue su propia dinámica, y tiene sus causas políticas y sociales, también está determinada y estimulada por las acciones de Occidente, y especialmente de Estados Unidos. Resulta más obvio el caso de la guerra de Irak, y el modo en que, desde marzo de 2003, la presencia estadounidense en Irak no solamente ha llevado al país al borde de una guerra civil, sino que además ha creado un caldo de cultivo cuyas repercusiones interestatales y regionales serán sin duda considerables. La política occidental también sirve para suscitar el antagonismo de la opinión musulmana sobre un apoyo casi totalmente incondicional a Israel, en sus políticas de rechazo de un Estado palestino contiguo

e independiente, y el modo en que las declaraciones de algunos de sus líderes políticos y militares y también algunos líderes religiosos, alimentan un sentido de enfrentamiento interreligioso. En todos estos asuntos, Europa desempeña un papel secundario, aunque sigue estando a la vanguardia de la política regional y de la interacción entre Oriente Medio y Occidente. Con puntos de vista profundamente divididos con respecto al problema de Irak, y desempeñando un papel secundario, y de asistente, con respecto al problema de Palestina, Europa puede ejercer escasa influencia en el devenir de los acontecimientos en Oriente Medio, exceptuando su capacidad para promover el cambio en Turquía, ya que dicho país desea incorporarse a

la Unión Europea. Las consecuencias de meses de paciente diplomacia por parte Europa en relación con Irán, con el objetivo de disuadir a dicho país de seguir adelante con su política de enriquecimiento nuclear, fueron que los esfuerzos de Europa resultaron infructuosos, y a cambio recibió el desprecio de ambos bandos del conflicto, América y el propio Irán.

La conclusión no puede ser otra sino que, durante 2005, Europa sufrió bastantes menos víctimas derivadas del terrorismo que durante 2004, y tal como habían temido varios analistas, el pronóstico a largo plazo para el contexto en que se sitúa Europa y todo el Mediterráneo sigue estando amenazado por peligros e incertidumbres.